LA MANO AZUL

LA MANO AZUL

CUENTO DE TEATRO EN VERSO

ORIGINAL DE

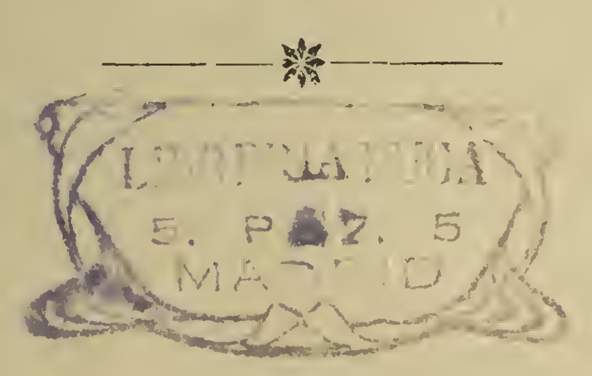
DON ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

LA CRUZ ROJA

POESÍA

LEÍDA CON GRANDES ÉXITOS POR LA PRIMERA ACTRIZ

Srta. María Ceballos



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

Al distinguido escritor y editor

Señor Don Antonio J. Bastinos

¿A quién mejor podría ofrecer este libro sino al laureado publicista que, como usted, dedica los poderosos elementos de su inteligencia y actividad á la educación de nuestros niños, á la defensa de los sagrados derechos, no siempre respetados, de los profesores de primera enseñanza, y á la ilustración de las clases todas de la sociedad?

Su representación en el mundo literario y centros de instrucción no necesito yo exponerla.

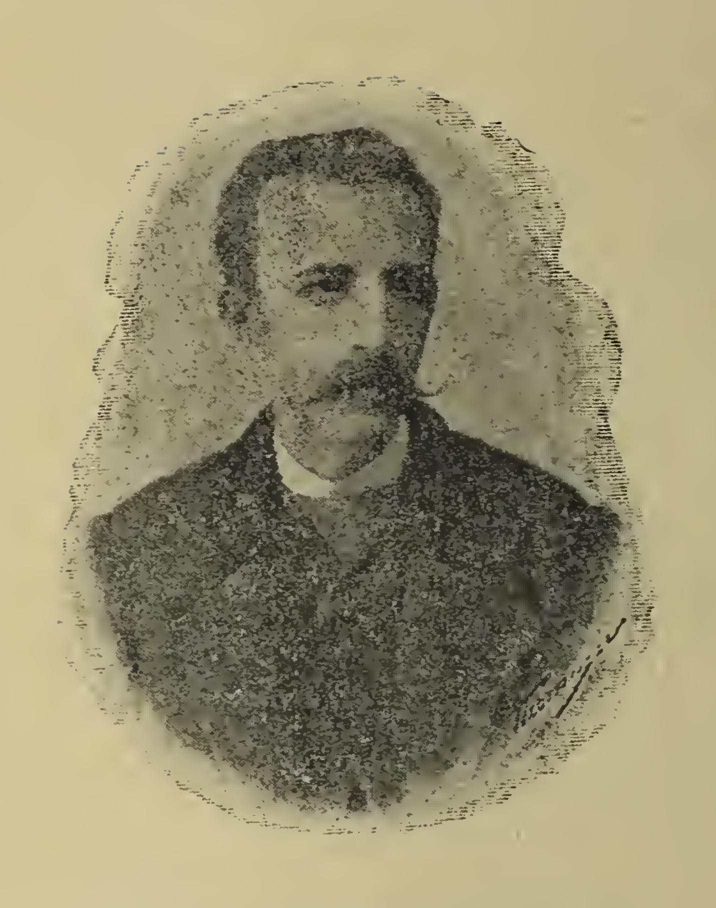
Mucho tiempo há que es bien notoria y consecuencia natural de una honrosa y legítima reputación heredada, dignamente sostenida.

El nombre de **Bastinos** *significa, y ha significado, el talento y el trabajo consagrados, con solícito anhelo y perseverancia y voluntad inquebrantables, á la causa de la moralidad, de la cultura y el progreso.*

Acepte usted, pues, estas páginas, atendiendo solo á los conceptos, como pequeña muestra de adhesión á sus nobles fines, testimonio al propio tiempo de nuestra buena amistad y de mi constante aprecio y consideración.

Enrique Ceballos Quintana

Madrid, Abril de 1901.



Enrique Ceballos Quintana



LA MANO AZUL

Salón elegantísimo

MARGARITA

Sale por una puerta lateral, vistiendo traje sencillo, pero de gusto irreprochable. Trae abanico, velo doblado y un paquete que deja, con el velo, sobre un sillón. Saca del pecho su reloj, mira la hora y se acerca á primer término

Es temprano: ahora, sin duda,
los dos estarán velando,
y como quiero llegar
cuando duerma, tengo un rato
para decirles á ustedes
dónde voy y por qué salgo
con este traje modesto,
sola y á pie, recatando
un rostro harto conocido
si no cuido de ocultarlo.
(Sentándose y haciendo una breve pausa)

—

Vivía, tiempos atrás,
en un pueblo de Castilla,
si es que al existir muriendo
puede llamársele vida,
un hombre enjuto de huesos,
porque carnes no tenía,

pues obligado á guardar
una dieta indefinida,
restábale el esqueleto
con la piel que le cubría.

—

Era el maestro de escuela,
mitad sér, mitad enigma,
cuya mente acariciaba
la idea constante, fija,
de que acaso algún ministro
vividor, intentaría,
entre las muchas y estériles
reformas de alta rutina,
la reforma del estómago,
que le era la más precisa.

—

Mientras tanto, de ilusiones
y esperanzas se nutría,
amén de algunas migajas
á la caridad debidas,
pero estaban los labriegos
en condiciones bien míseras,
y los socorros, que darle
muy pocas veces podían,
los reservaba, en secreto,
para alimentar su niña,
su hija amada, único lazo
que con el mundo le unía.
Por ella sólo anhelaba
vivir, por su Margarita,
y siendo el comer forzoso,
para lograrlo, comía
cuantas yerbas y raíces
en sierra y valle crecían,
de aquellas que la Botánica
no vedaba por nocivas.

—

Con este objeto, una tarde
de Enero, brumosa y parda,
salió, según su costumbre,
en busca de algunas plantas

que, por el rigor del clima,
se hacían ya muy escasas.

—

Margarita iba á su lado
con la cestita de paja
donde, afanosos, ponían
las provisiones halladas,
que, siendo de especie tal,
aún había que guardarlas.

—

El cielo estaba cubierto,
la tierra cristalizada,
y el viento, en trombas de nieve,
recrudecía y silbaba,
cual si el titán del espacio,
caído entre las montañas,
lanzase alientos de hielo
con torbellinos de escarcha.

—

Ni un arbusto, ni una flor,
ni una simiente, ni un tallo;
la vegetación postrábase
bajo el informe sudario,
y aquellos dos tristes parias,
por la intemperie azotados,
seguían su marcha, trémulos,
tendiendo la vista en vano,
con la agonía en los pechos
y con la muerte en los ánimos.

—

Por fin, sobre monte y rocas
de acceso casi fantástico,
descubrieron verde musgo
del vendabal resguardado,
y dejando al pie á la niña,
que le observaba temblando,
comenzó el horrible ascenso
de aquel mártir. Era extraño
y espantoso verle, asiéndose
á las grietas de un peñasco,

subir, sostenido apenas
por el impulso galvánico,
que le empujaba á la cima
como un espectro animado.
Ya llegaba... ya en la cumbre
tendía, exánime, el brazo,
cuando, el esfuerzo supremo
al intentar, resbalaron
sus pies... los nudosos dedos
del infeliz se agarraron
al musgo y quedó en la mole
suspendido ..
(Haciendo una ligera pausa y continuando luego con profunda emoción.)
Fué un relámpago...
los débiles filamentos
del césped se desgajaron
y rodó la enorme altura
su cabeza rebotando
de piedra en piedra, hasta el suelo,
donde cayó mutilado,
con aquella noble frente,
ya sin vida, hecha pedazos.
(Deteniéndose un momento para enjugarse las lágrimas y levantándose.)

—

¡Era mi padre!. . Agobiada
por un temor instintivo,
yo abajo estaba esperándole
con mi cestita... dí un grito,
que repitieron los ecos
en lastimeros gemidos,
y quedé inmóvil, inerte,
lo mismo que el pajarillo
al caer el tronco añoso
que le prestara su abrigo.

—

¿Qué tiempo pasó? Lo ignoro.
Ante aquel cuerpo querido,
de hinojos, prorrumpí en llanto
al recobrar mi albedrío,

llamándole, entre sollozos,
como si hubiera podido,
con mi acento y con mis lágrimas,
volver á encontrarle vivo.

—

En tanto un frío cruel
mi sangre paralizaba,
creí un instante que estaba
próxima á morir con él.
Y por algo que sentí,
del terror naciente asomo,
miré aquel zenit de plomo
que pesaba sobre mí.

—

Entonces rasgó el capuz
la nebulosa techumbre,
brilló de un astro la lumbre
con esplendores de luz.
Y á su intensa claridad
ví en el éter, fascinada,
como una MANO azulada
cruzando la inmensidad.
Aura de amor, descendía
benéfica, omnipotente,
y posándose en mi frente,
piadosa, me bendecía.

—

Vívido albor de cien soles,
célicas ondas de encaje,
globos de hermoso celaje
con purpúreos arreboles.
Auroras, en níveos velos
por fuego inmortal prendidas,
como antorchas encendidas
para iluminar los cielos.
Prismas, aromas, color
con cambiantes brilladores,
átomos deslumbradores
de inextinguible fulgor.
Vibraciones, con dulzuras
no sentidas ni escuchadas,

brisas de paz, saturadas
en ambientes de venturas.
Angeles de ala sutil
que Murillo soñaría,
plácido encanto, armonía,
galas de eterno pensil.
Lo inmaterial, lo increado,
de la gloria el alma en pos...
¡cual si la mano de Dios
me hubiese, en verdad, tocado!

—

Fué un vértigo, una ilusión,
después, nada; sombras... duelo...
el horror, el desconsuelo
tornaban al corazón.
Y del dolor oprimido,
loca, febril, desolada,
corrí al pueblo y á la entrada
me desplomé sin sentido.

—

Unos pobres leñadores
descubrieron el cadáver;
se dió sepultura al muerto
y á mí auxilio; estuve grave
dos meses; al fin repuesta,
huérfana, inerme, sin nadie,
debí existencia y consuelos
á los buenos habitantes
de la aldea, que á porfía
se me ofrecieron unánimes,
prestándome el doble amparo
de su afecto y sus hogares,
pues, en la escasez sumidos
por los apremios y gajes
que les enviaba el Gobierno,
cual mensajeros del hambre,
todavía en su penuria
la olvidaban, sin alarde,
con esa virtud, que á veces
muestra tan opuestas fases
porque, en el reparto de almas,
suelen tocar, por contraste,

las grandes á los *pequeños*,
las pequeñas á los *grandes*.
(Sentándose y suspendiendo por un instante la narración para coordinar sus recuerdos)

—

Algunos años pasaron...
cumplí trece y rumbos nuevos
marcó el destino. Una tropa
de saltimbanquis al pueblo
llegó y pernoctó dos días.
Aquellos trajes, tan llenos
de lentejuelas doradas
y oropel, me sedujeron,
y mi entusiasmo patente
se manifestó, al extremo
de que el sagaz director,
tomando nota al momento,
me ofreció ricos vestidos
con gasas y terciopelos,
si entre los otros artistas
quería ocupar un puesto.
Supo pintarme muy bien
un porvenir lisonjero,
pues trataba á toda costa
de animarme, conociendo
que era yo *muy explotable*
por mi edad y por mi sexo,
y además por otra causa
que no sé si citar debo...
(Fingiendo ruborizarse y vacilar algunos momentos.)
pero, en fin, ¿á qué callarlo
si todos me lo dijeron?
Vaya .. ¡porque estaba yo
muy reguapa en aquel tie n.

—

Las seductoras promesas,
que escuchaba sin recelo,
me alucinaron, y al punto
consentí, si aquel proyecto
los vecinos del lugar
lo acogían como bueno.
Dudosos en su opinión

formaron juicios diversos,
pues los mozos me alentaban
y se oponían los viejos,
hasta que al cabo acordaron,
para obrar con más acierto,
deliberar ampliamente
reunidos en consejo
que presidiera el alcalde
debajo de su sombrero.

—

Pues si aquí, para saber
que existen autoridades,
basta un riesgo en cada plaza (1)
y un peligro en cada calle,
los alcaldes de los pueblos,
que dan al cargo *carácter*,
su poca ó mucha mollera
jamás la ponen al aire.

—

Resultó de la sesión
que salieron *empatados*,
después de haber dado fondo
las ideas y los jarros,
por lo que, acabado este último
recurso parlamentario,
el alcalde su cubierta
se afirmó de un puñetazo,
y exclamó con el arranque
de un hombre, cual era, honrado:
—Puesto que la chica es libre,
y para cortar sus vuelos
no puede ofrecerla nadie
ni haciendas ni mucho menos,
como quitarla el *mañana*
sería un remordimiento,
que ella siga su camino
por donde quiera emprenderlo,
con la salud y la suerte
que yo para mí deseo

---

(1) Bien saben los vecinos de Madrid que no exagero. Hay más peligros que vías de circulación.

y que, á quien Dios se la dé
se la bendiga San Pedro.—

—

El resumen fué aplaudido
y aprobado; en consecuencia,
con mezcla de pena y júbilo,
troqué la paz de la aldea
por la agitación y azares
de una vida aventurera,
que á mi candidez mostraba
perspectivas muy risueñas.
Pero bien pronto quedaron
desvanecidas. Apenas
la distancia fué bastante
para asegurar su presa,
los primitivos halagos
pasaron á ser durezas,
al enseñarme *el oficio*
con dos niñas más pequeñas,
víctimas, cual yo, de aquellos
verdugos, que, sin conciencia,
tras brutales ejercicios
borraban, en torpe jerga,
con matices de impudor
carmines de la vergüenza.

—

Tratamientos inhumanos
del despotismo venal,
sin que una ley de moral
se impusiera á los tiranos.
¿Quién piensa en vicios sociales
ni en audacias inauditas...?
¡*para eso hay hojas no escritas
en los Códigos penales*! (1)

—

Tres años anduve errante
sujeta á opresión odiosa,
hasta que cierto empresario

(1) Y así seguirán, mientras falte la única de las virtudes cardinales que no se ha visto entre los hombres.

de espectáculos por horas
se fijó en mí, segun supe,
después, por cuestión de *formas*,
y prévio informe y noticias
de mi origen y mi historia,
mediante un pago, aceptado,
fuí *traspasada* cual *cosa*
procedente del montón
de la miseria, esa *escoria*
despojada del derecho
de la *vida* y de la *honra*.

—

Con el nuevo amo mis penas
dieron fin: se proponía
explotarme en doble escala
cual *cocotte* y bailarina
de *ámplia esfera*; desde luego
tuve profesor, modistas,
cuanto quise... por mi parte
secundé con alegría
su proyecto, haciendo rápidos
progresos, y, concluída
mi *educación*, dió principio
nuestra expedición artística,
gran *tournée*, fuera de España,
práctica reconocida
como medio, el más seguro,
de dar pronto con la mina.
(Levantándose y continuando con mucha volubilidad y animación)
Hice en París mi primera
presentación, tan brillante,
que el empresario, radiante,
me arengó de esta manera:
—Vamos de la suerte en pos;
el primer paso hemos dado
y el éxito ha coronado
los empeños de los dos.
Si quieres fama y riqueza
la clave á tu alcance ves;
ten el *talento* en los pies
y el *vacío* en la cabeza.
Tenorios de mil regiones

nos tasarán, si á eso llegas,
tus cabriolas por talegas
y tus saltos por talones.
Del calor del baile estriba
hacerlos perder el tino,
porque el baile, *es como el vino,*
que se va al piso de arriba.—
Ante una argumentación
tan discreta y definida,
quedé al punto convencida
y aproveché la lección.
En lograr tamaña empresa
puse mi constancia toda,
y fuí la mujer de moda
de la capital francesa.
Conquistas de rusos... treinta
cayeron ante mis plantas;
de franceses, hice tantas,
que ya he perdido la cuenta.
También adorada fuí
por ingleses muy corteses...
¡Como que no eran *ingleses*
de los que usamos aquí!
Me amaron con ciego ardor
desde el banquero al bolsista,
del hacendado al artista,
del duque al embajador.
Tuve médicos galantes,
pero eludí sus amores...
¡Ay! Yo miro á los doctores
como *epidemias reinantes.*

—

Hecha mi reputación
y aclamada ya en París,
fuí de país en país
con incesante ovación.
De Viena á Constantinopla
la prensa me hizo partido,
pues las plumas, es sabido,
vuelan al viento que sopla.
Pasé la meta: una á una
mis victorias ensalzadas,
llegué, asaltando sus gradas,
al templo de la Fortuna.

—

Mansión de dicha y amor
por el oro sostenidos;
raudal de anhelos, cumplidos,
del capricho tentador.
Edén de goces soñados,
dominio que no se trunca,
Iris que no han visto nunca
los pobres *desheredados.*
Fuente de dolo y de males
que se agota con ahinco
y arroja, en pecados, cinco
de los siete capitales (1).
Soberbia, que el bajo adula;
ira, en que el delito empieza;
lascivia de la *pereza*,
con destemplanzas de *gula*.
Bebí también .. no existía
la humilde artista, comprada;
era esclava emancipada
que mis cadenas rompía.
Y orgullosa del poder,
que de toda culpa exime,
apuré el néctar sublime
de la copa del placer.

—

El empresario cesó
de ser mi empresa y mi socio:
había hecho su negocio
al mismo tiempo que yo.
Y sin la traba opresora
que la voluntad enerva,
á la patria en que fuí sierva
volví reina y vencedora.

—

Que aquí un triunfo verdadero
me aguardaba, era evidente...
¡*en trayendo la patente*
firmada en el extranjero!...

---

(1) «Avaricia» y «Envidia» también brotan, pero salen «goteando», y constituyen la parte más hedionda en el fango del pilón.

No tuve, pues, que pedirlas
para que mis compatriotas
al laurel de mis diademas
añadieran nuevas hojas.
Todo Madrid me aplaudió,
se entiende, el *Madrid de moda*,
que es el llamado á tener
criterio en todas las cosas.

—

Mas, á pesar de mi suerte,
de mis timbres y mis glorias,
faltábale al corazón
algo para ser dichosa,
algo de afecto, de amor,
que con su luz bienhechora
llevase la vida al alma
sin esa luz en la sombra.

—

Un día, hoy mismo ha hecho el año,
ensayaba un baile nuevo;
iba al teatro, abstraída
cual siempre y llena de tedio,
cuando, cerca de la calle
de Fuencarral, mi cochero
detuvo el carruaje; un grupo
numeroso y en silencio
cerraba el paso; asomé
la cabeza, y el recuerdo
más triste de mi existencia
vino á herir mi pensamiento.

—

Caído desde alto andamio
un albañil, en el suelo
con el cráneo destrozado
yacía; al lado del cuerpo,
de rodillas, una niña
lloraba, y entre lamentos
desgarradores, pugnaba
por darle vida de nuevo.
Y para más semejanza
con aquel cuadro siniestro

de mi infancia, una cestita,
la del mezquino alimento
del obrero, allí también
se veía; humedecieron
mis ojos ardientes lágrimas,
y conmovida en extremo,
por un maquinal impulso
levanté la vista al cielo.

—

¡Cosa extraña! Creí ver
la misma MANO divina
que, cual me bendijo á mí,
al pobre sér bendecía.
Destello raudo, eternal,
me mostró encantos y dichas
velados hasta aquel punto
en mi conciencia dormida.
La celeste aparición
simbolizaba purísima
virtud, que con santo amor
al desvalido prohija.
Y si yo á los labradores
debí protección solícita,
aquella inocente huérfana
debía encontrar la mía.

—

Hecha mi resolución
sentí sin igual consuelo...
¡Había hallado en el cielo
la vida del corazón!

—

La niña y la madre viuda
se encuentran hoy á mi cargo;
educación, porvenir,
todo está ya asegurado,
y, como *el bien trae el bien*,
dí por su senda otro paso
y acudí al pueblo, que ingrata
tenía tan olvidado,
mitigando el infortunio,
calmando el dolor y el llanto.

—

Voy muchas veces... allí,
tocando mi frente el mármol
de cruz modesta, que guarda
restos de mi padre amado,
murmuro oración sentida
que hace engrandecer el ánimo
tras la lucha de la vida,
donde se halla aniquilado.

—

Pero no piensen ustedes
(Sonriéndose; con marcada transición.)
que corre aire mogigato...
no soy de esas *beatonas*
que, al ir al confesionario,
á Dios le piden perdón
y siguen sirviendo al diablo.
Soy pecadora, y lo he sido.
mas desde que culto ha dado
(Señalando el corazón.)
á esa virtud que ennoblece,
miro un poquito más alto.

—

También á mi protegida
la visito en ocasiones,
tomando mis precauciones
para no ser conocida.
Huyo el lisongero arrullo
de la virtud pregonada ..
esa es careta alquilada
para disfraz del orgullo.
Dirían tales primores,
por ser quien soy, los cronistas...
¡yo temo á esos periodistas
mucho más que á los doctores!
(Dirigiéndose hacia el sillón, donde ha dejado el velo, y poniéndoselo. Recoje el paquete y vuelve á primer término.)
Como hoy el luto ha cumplido
por la muerte de su padre,
mientras duerme ella, su madre
la prepara este vestido.
Anoche, pensando en esa

alegría que he de darla,
fuí á un comercio á buscarla
tan agradable sorpresa.
Regocijo del candor
que el alma al bien encariña....
¡Voy á llevar á la niña
su faldita de color!
(Adelantándose hacia el público.)

—

Fantasía ó realidad,
quimera ó luz infinita,
ved esa mano bendita
que impele á la caridad.
Ella, desde el áureo tul,
brinda inefables placeres...
¡Buscadlos! .. ¡Hay muchos seres
que esperan LA MANO AZUL!

TELON

POST SCRIPTUM

Tal vez se tacbe de inverosímil la situación en que hago figurar al maestro de escuela. Celebraré que dicha aseveración resulte cierta en todos los casos. De cualquier modo, debe recordarse que es un cuento y no una historia lo que se relata. Por mi parte, creo que, tanto en ese punto como en el resto de la sátira que contiene el monólogo, empleo una gran benevolencia, y algo más he dicho en otras obras, especialmente en mi zarzuela *El procurador del diablo*, y en mis novelas *La fiebre del oro*, *Las mujeres de la noche*, *La camisa de Adán* y *El Quijote de los siglos*.


3 0112 117472255